

# **casa** delasaméricas

# 316-317

julio/diciembre 2024

## **BICENTENARIO DE LA BATALLA**

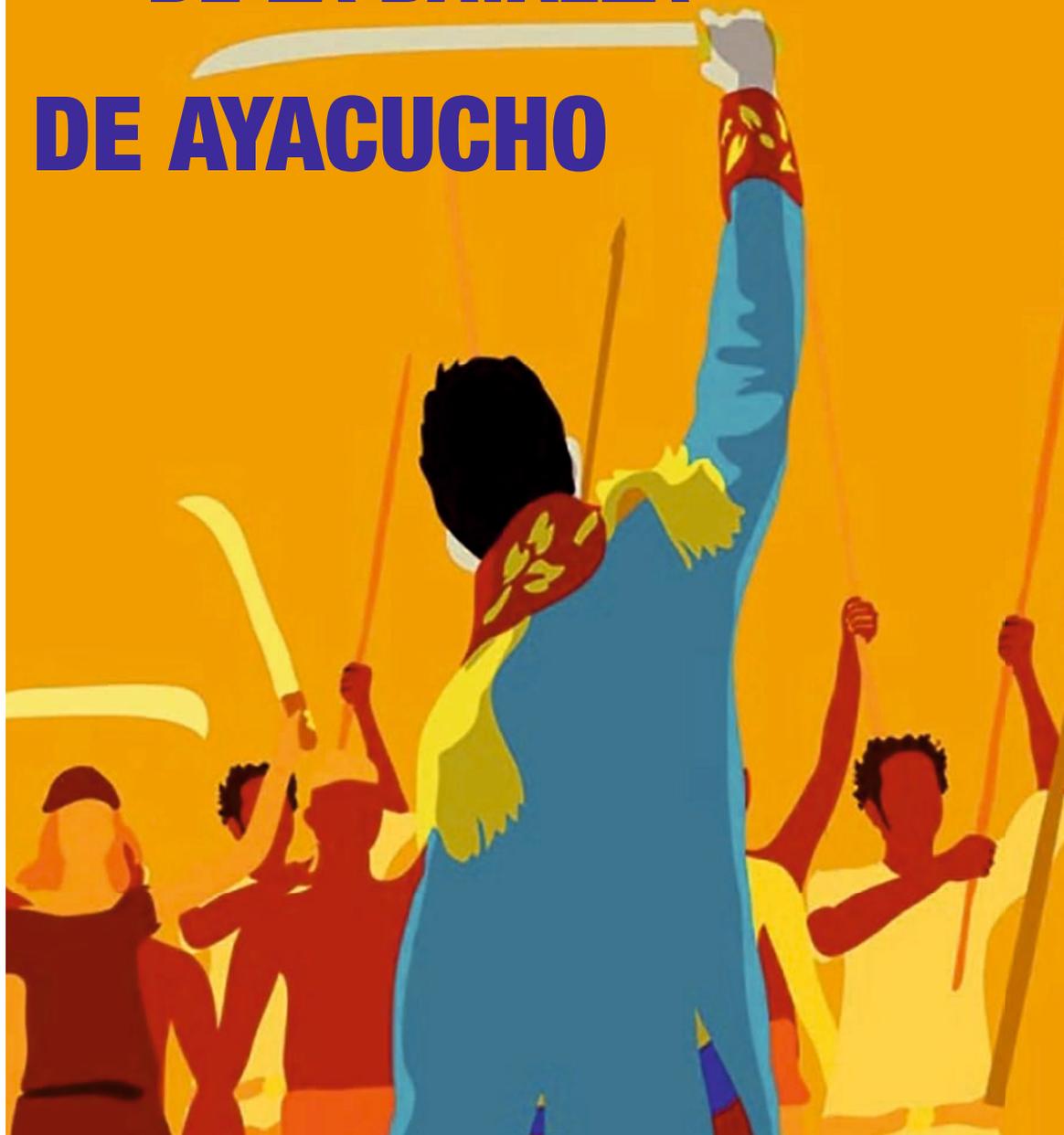
## **DE AYACUCHO**

Sobre  
JOSÉ MARTÍ  
y ALEJO CARPENTIER

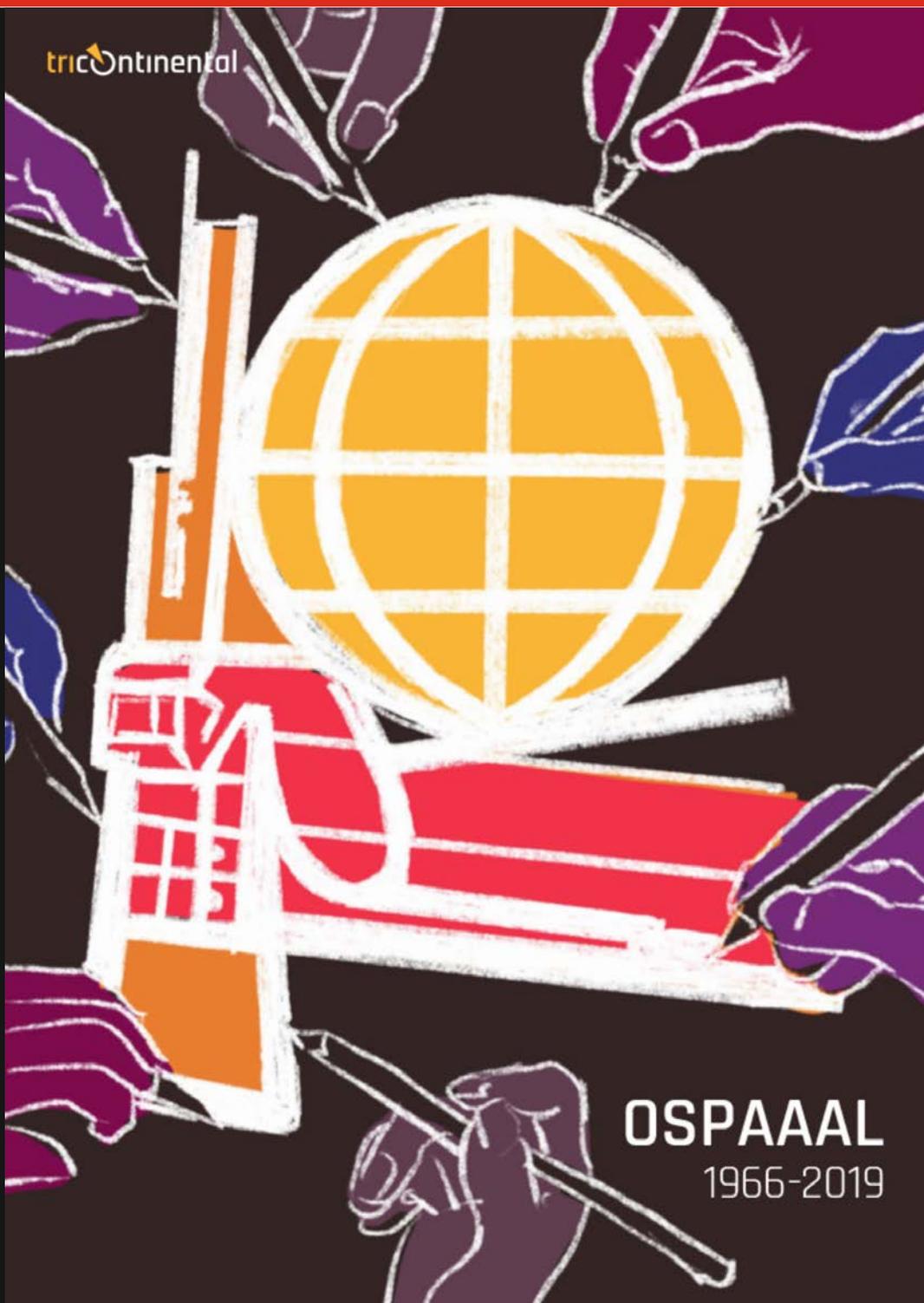
Textos de  
LILIANA BELLONE  
GABRIEL CORTIÑAS  
HUGO NIÑO  
y RAÚL VALLEJO

Homenaje a  
JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI

Entrevista a  
IRENE VALLEJO



tricontinental



**OSPAAAL**

1966-2019

# casadelasaméricas

## #316-317

julio-diciembre/2024 • Año LXIX • Órgano de la Casa de las Américas

Fundada en 1960 por Haydee Santamaría y dirigida a partir de 1965, durante más de doscientos cincuenta números, por Roberto Fernández Retamar

Director:  
**Jorge Fornet**

Subdirector:  
**Aurelio Alonso**

Consejo de Redacción:  
**Luisa Campuzano**  
**Jaime Gómez Triana**  
**Nancy Morejón**  
**Zuleica Romay**  
**Caridad Tamayo Fernández**  
**Roberto Zurbano**

Editora:  
**Sheyla Valladares Quevedo**

Diseño y emplane:  
**Ricardo Rafael Villares**

Realización computarizada:  
**Roxana Monduy**

Redacción:  
Casa de las Américas, 3ra. y G,  
El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

Correo electrónico:  
revista@casa.cult.cu

Sitio web:  
www.revistacasa.casadelasamericas.org

Suscripción:  
suscripciones@casa.cult.cu

### HECHOS / IDEAS

- 3 ZULEICA ROMAY GUERRA • Otros destellos en *El siglo de las luces*: la Revolución haitiana y el Caribe de Alejo Carpentier
- 12 ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ • Alejo Carpentier en el archipiélago del danzón
- 18 CARIDAD ATENCIO • La poesía encarnando en la realidad: algunas precisiones sobre el estilo en los *Diarios de campaña* de José Martí
- 28 HUGO NIÑO • Los disfraces de la historia

### LETRAS

- 46 GABRIEL CORTIÑAS • Muestra América; Puesto menor en una clase de análisis simpático; Poder en mi país; Reducción de caldo morfológico de la historia de esta tierra continua
- 52 RAÚL VALLEJO • Caxamalca, 1533
- 58 PAOLO DE LIMA • Nos siguen matando; Tomar la pluma es ya empezar; El poema no se lee en sus palabras; La literatura no camina en sus pies; Hasta el brillo oscuro de las olas
- 64 LILIANA BELLONE • 1 de septiembre
- 72 YAIREN JEREZ COLUMBIÉ • Sale la luna; Sueño; Primavera en el Norte (latitud 51.8979, longitud -8.47061); Túnel carpiano; Electrocardiograma

### BICENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO

- 77 NELSON E. PEREYRA CHÁVEZ • La última batalla en Ayacucho
- 87 RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS • Ayacucho en la historia de Cuba
- 94 JORGE FORNET • De Ayacucho, espadas y bibliotecas

### ENTREVISTA

- 104 ÁLVARO CASTILLO GRANADA • Irene Vallejo: Conservar palabras que no son más que soplos de aire

### HOMENAJE

- 114 RAÚL BUENO-CHÁVEZ • José Antonio Mazzotti: modelo de trabajo
- 116 ROLENA ADORNO • Bajo los árboles de Princeton: *In Memoriam* José Antonio Mazzotti

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

En los casos de colaboraciones que no haya solicitado, la revista no se compromete a devolver los originales ni a mantener correspondencia.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.  
Permiso No. 81222/153.

© Casa de las Américas, 2024

ISSN 008-7157

- 118 CARLOS GARCÍA-BEDOYA • José Antonio Mazzotti, *in memoriam*  
120 SOLEIDA RÍOS • *La procesión venía por dentro*  
121 GIANCARLA DI LAURA • ¡José Antonio, presente!  
123 ENRIQUE E. CORTEZ • Chachi Bai, el cielo enjoyado  
125 EVA VALERO JUAN • Mazzotti multipolar  
127 ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ • El ángel en la esquina del cuadro  
129 PAOLO DE LIMA • Memorias de un amigo y mentor. Con Mazzotti en La Habana  
132 MARTA LESMES ALBIS • Elogio de José Antonio Mazzotti, un árbol seguramente arrepentido de su reciente defunción

## LIBROS

- 135 DERBYS H. DOMÍNGUEZ FRAGELA • *Voz(critura) o Escri(voz) en la poesía de Basilia Papastamatíu*  
138 MARCELA CORIA • *Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus.* Apuntes sobre *Trilogía poética* de Liliana Bellone  
140 TERESITA PADRÓN DE LA PAZ • Bitácora de la experiencia humana

## 143 AL PIE DE LA LETRA

## 152 RECIENTES Y PRÓXIMAS DE LA CASA

## 164 COLABORADORES / TEMAS

## 166 ÍNDICE DE CASA DE LAS AMÉRICAS 2024

Portada:  
CÉSAR MOSQUERA  
(Venezuela): *1815.*  
*La espada de Bolívar*



Contraportada:  
COMANDO CREATIVO:  
*Che rodillo, 2023*

La presente entrega está ilustrada con carteles realizados por artistas de la comunidad Utopix; casi todos fueron expuestos en la Casa de las Américas bajo el título «Cartografías de memoria y lucha».

# Reducción de caldo morfológico de la historia de esta tierra continua

*A* cá decir «memoria» es lo mismo que decir «me moría». **C**



OLFER (Perú): 1595. *Revuelta del Rey Amador*

## Caxamalca, 1533\*

**M**uchos años ha, en el tiempo de la llegada de los viracochas a la isla del Gallo, existió el primer Escribiente de mis páginas, el mismo que fuera testigo de los fastos de la entrada de Atahualpa a la plaza de Cajamarca, el sábado 16 de noviembre de 1532, y de todo aquello que motivó la perdición del Inca.

Atabalipa, según Francisco de Xerez, llegó a la plaza acompañado por cuarenta mil hombres desarmados. Apareció con aire majestuoso, sentado en una litera forrada de exuberantes y coloridas plumas de papagayo, con enceguedoras chapas de oro y plata, cargada por seis hombres corpulentos y ricamente ataviados. Cuando Atabalipa hizo su aparición en la plaza, miró al cura Valverde con los ojos del soberbio e ignorante de la emboscada que Francisco Pizarro había planificado para prenderlo a traición.

Mi primer Escribiente era un muchacho alto y desgarbado, de bigote grueso y espeso, cabellera de rizos alborotados y una prominente nariz de marrano, aunque su padre proclamaba, viniese o no a cuento, ser cristiano viejo. Se llamaba Juan Marchena y Olavide, natural de Sevilla. Mi escribiente fue geógrafo y físico, con la cabezota llena de ideas estrambóticas influidas por los sabios infieles del Al-Ándalus y por las lecturas que, desde niño, hizo en los libros prohibidos que su abuelo almacenaba apartados de las miradas indiscretas de los transeúntes de la calle de la Sierpe. Ya en América, lejos del alcance de la Santa Inquisición, Marchena exponía con palabra docta, a pesar de sus diecinueve años, que Ptolomeo incurría en error grave y que el sol, y no la tierra, constituía el centro del universo. Marchena inauguró con las siguientes palabras mis primeras páginas:

\* Capítulo de la novela breve *Manuscrito de vna corónica inconclvsa*, con la que su autor ganó el XII Concurso Nacional de Literatura Miguel Riofrío 2024.

«Habiendo yo salido de Sevilla, camino del puerto de Cádiz para embarcarme al Nuevo Mundo, lo hice de diecisiete años y peregriné por un tiempo en estas tierras y estos mares hasta llegar a Caxamalca en donde vide y participé, como soldado de a pie, en la conquista de un reino más expedita que haya acaecido en la historia. Yo también, al igual que don Francisco de Xerez, el secretario del capitán don Francisco Pizarro, he escrito sobre las cosas maravillosas que descubrí y los hechos heroicos de los que fui actor en la Nueva Castilla, a gloria de Dios Omnipotente Señor y servicio de nuestra sacra católica Majestad».

No quiero aburrirlos con los acontecimientos de la plaza de Cajamarca que terminaron con la prisión de Atahualpa y la muerte de más de dos mil de sus hombres porque son harto conocidos. De aquella sangre de la conquista ya han dado cuenta otros manuscritos de varios cronistas soldados. Me saltaré algunas páginas de mí mismo, ya que prefiero mostraros un par de párrafos que Marchena escribió, con la suspicacia de la gente que lee mucho y que, por tanto, imagina mucho y sabe que ignora mucho más, sobre un suceso de los días del Inca en prisión que retrata al monarca, que algunos consideran quiteño y otros sostienen que nació en Cusco.

Instante de relámpago vivificante antes del final de su breve paso por la tierra: es por todos conocido que, cuando el juego de ajedrez termina, el rey y su corte quedan guardados en la misma caja en la que caben los peones; igual que los cuerpos de nobles y plebeyos, sin distinción de poderío, son alimento de los mismos gusanos y todos en polvo habremos de convertirnos. Tal como el poeta Manrique cantó, de duelo acongojado, a la muerte de su padre e hizo comparación de nuestras vidas con los ríos que, sin tomar en cuenta la importancia por el caudal de sus aguas, todos desembocan de igual manera en una misma mar, *qu'es el morir*:

*allí van los señoríos  
derechos a se acabar  
e consumir;  
allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos  
e más chicos,  
allegados, son iguales  
los que viven por sus manos  
e los ricos.*

«Atabalipa, hombre fuerte y valiente, era de presencia solemne, tenía el rostro fiero y seductor de aquel que puede hablar con palabra suave y, al mismo tiempo, actuar con la crueldad del hierro. Solía exponer con luengas parrafadas para afirmar o negar los hechos y las ideas. Cuando el padre Valverde le enseñó la Biblia y le dijo que en ella se encerraba la palabra de Dios, Atabalipa miró el libro con curiosidad, al comienzo, y con impaciencia, después. «Tu dios es un dios mudo, una cosa encerrada en esto que me has dado y que nada dice; Pachacamac,

en cambio, es un dios vivo, *el que hace con el Universo lo que el alma con el cuerpo*, el que anima la creación con la armonía de la naturaleza y con la inteligencia del espíritu que todo lo abarca; Pachacamac está presente en la inmensidad del cielo que nos cubre, en los cerros que nos rodean; él habita en todo aquello que miras a tu alrededor: en el polvo que queda de todo lo que existe y perece y que se eleva con el viento y en las estrellas y sombras de la noche que está por llegar», dijo el indio lengua Felipillo que el Inca dijo».

Hecho prisionero Atahualpa, cuenta Marchena que el Inca pronto aprendió la lengua de Castilla e hizo amistad con sus captores. Durante las noches de su cautiverio, Atahualpa solía contemplar el cielo estrellado junto a Cuxirimay Oello, la madre de sus hijos, y ambos lloraban con el recuerdo de mejores días, sin darse cuenta de que Pizarro miraba con ojos lujuriosos a la Coya del Inca. Don Felipe Guaman Poma de Ayala ha escrito en su crónica que, en los mismos días de estos sucesos, los aravicos, en medio de grandes llantos del pueblo, cantaban de esta suerte:

*Aray, arauí! Aray arauí!  
Sapa aucacho, Coya  
atiuanchic, llazauanchic?  
Ma, Coya. Sucalla uanoson.  
Amatac acuyraque cacachuncho!  
Paracinam uequi payllamanta urman.  
Cam, Coya, hinataccha.<sup>1</sup>*

«A la espera de que llegasen los súbditos del incario, cargados con el oro y la plata que se necesitaban para llenar la habitación del Inca hasta la altura de su brazo extendido a lo alto como pago de su rescate, el capitán Hernando de Soto y el tesorero de la expedición, un tal Riquelme, jugaban ajedrez mientras Atabalipa observaba. Riquelme estaba en ventaja y a De Soto le tocaba mover. Atabalipa, entonces, contra toda prudencia y para sorpresa de los presentes, intervino y dijo: «Castillo, capitán, no caballo». Al final, De Soto ganó la partida y, desde entonces, Atabalipa, aunque con cierta renuencia, pues alegaba que él no conocía los secretos de aquel tablero, empezó a jugar diarias partidas de ajedrez con ellos.

»Atabalipa jugaba el ajedrez como una batalla sangrienta desde el principio. Así, el Inca creía bueno, cuando las blancas abrían l.e4, responder con f5, pues acostumbrado a sacrificar a sus indios, no dudaba en sacrificar su peón. A esta jugada, De Soto y Riquelme la llamaron

<sup>1</sup> En una copia del manuscrito del coronista yarovilca Poma de Ayala, publicada en el año del Señor de 1980, don Jorge L. Urioste ha puesto los dichos versos en la lengua de Castilla para beneficio de quienes lean esta crónica viajera en el tiempo y no conozcan la lengua del Incario: «¡Aray arauí! ¡Aray arauí! / ¿Podrá este enemigo malvado, reina, / derrotarnos, darnos pesadumbre? / ¡No, reina! Vamos a morir todas a una. / ¡Que no nos alcance la desgracia! / Las lágrimas caen como lluvia por sí solas! / ¿Podrías tú, reina, ser tal?».

«gambito de Atabalipa». Y, mientras el Inca jugaba ajedrez, Felipillo intrigaba contra él, porque de la Coya del Inca el indio lengua se había prendado. Felipillo exageró los rumores de la llegada de Quisquis con decenas de miles de naturales armados para rescatar al Inca; y así también, Felipillo, el indio lengua, juró que había escuchado al Inca cuando a un chasqui le dijo que llevara la orden a los suyos para que ejecuten a su hermano Atoco».

Marchena era un hombre que se rendía ante los misterios de una mujer como el caballero insigne Amadís de Gaula se rindió ante la discreta Oriana. Cuando conoció a una ñusta de nombre Achikilla, Marchena no podía mirar la luna sin que sintiese la caricia resplandeciente de su luz prestada y pretendiese que esa caricia viniera de las manos de aquella zagala inca. Achikilla, cuyo rostro resplandecía de inteligencia, aprendió pronto la lengua de Castilla; tenía unos ojos vivaces que conquistaban a los conquistadores con solo verlos de pasada, mientras ella reía despreocupada.

Santiago de Mendoza, oficial de a caballo, estableció concubinato con aquella ñusta, pero lo que al comienzo fueron caricias y palabras dulces pronto se convirtieron en gritos destemplados y malos tratos. Achikilla hablaba con los suyos en quechua y el oficial español, que era torpe para las lenguas extrañas, se imaginaba, atacado por la fiebre de los celos, que ella tramaba algún desaguisado contra él.

Cuando Achikilla, maltratada y llorosa, acudía con sus cuatro hermanas a platicar en la ribera de Coltacocho, durante la noche estrellada de los poetas, Marchena la contemplaba con ojos lánguidos y la ñusta sonreía y cuchicheaba con sus amigas. Él, que algo conocía de la lengua nativa, se daba cuenta de que su presencia no le era indiferente a la muchacha y se prometía rescatarla de las manos de aquel mal cristiano que la maltrataba.

Tanto van los amantes a la laguna para contemplarse que, de pronto, se miran con el asombro primerizo de estar juntos en el espejo de sus aguas.

Luego de un breve, pero intenso cortejo, Juan y Achikilla armaron morada y desarmaron sus vestimentas para que ella contemplara las carnes magras y los muchos huesos de él, y él admirara las redondeces firmes y los húmedos secretos de la india. Así, de mucho apalabrarse en los días previos y de tanto contemplarse en ese instante, ya sin armadura él, ya sin anaco ni blusa ella, yogaron placenteramente y sin recelo, en una vivienda junto a la laguna, sintiéndose libres en la cárcel del amor prohibido.

Pero Santiago de Mendoza, que tonto no era, después de escuchar rumores y soportar risitas burlonas de los otros oficiales, que pocos eran y mucho se conocían, se llegó sigilosamente hasta la cabaña y sorprendió a los amantes mientras se holgaban ensimismados por las delicias de la carne y zanjó con su espada el deshonor. Marchena, desnudo y desarmado, miró con horror cómo su rival hundía la espada cruel en las carnes gozosas de Achikilla que, al instante, se convirtió en el cuerpo sangrante de una ñusta difunta.

Las cuatro hermanas de Achikilla acudieron a la choza tan pronto como oyeron el griterío de violencia y dolor. Antes de que Mendoza diera cuenta de Marchena, que lo desafiaba para

que también lo matase, ellas se abalanzaron enfurecidas contra el oficial desconcertado por el vendaval de mujeres que lo envolvió. Ante los ojos atónitos de Marchena, las ñustas clavaron sus cuchillos de pedernal una y otra vez en el cuerpo de Mendoza, sorprendido por el ajusticiamiento.

Increpado por las ñustas para que se vaya, Marchena tomó las de Villadiego y abandonó de muy de prisa la villa de Santiago de Quito en donde y por el apuro me dejó olvidado en un confesionario de la pequeña iglesia de la Santísima Virgen María Natividad de Balbanera, construida cerca de la laguna de Colta en agosto de 1534.

En los días siguientes a las muertes, los españoles asentados en la villa hicieron justicias y, luego de un proceso sumarísimo, en nombre de Dios, Uno y Trino, y de su Sacra Católica Majestad, condenaron a la hoguera a las ñustas hermanas de Achikilla como castigo ejemplar de lo que les esperaba a quienes ofendiesen y, por cualquier motivo y en cualquiera circunstancia, tomasen la vida de alguno de los soldados del rey.

En junio de 1535, Juan Marchena y Olavide regresó a Sevilla con mucha tristeza, poca plata y menos oro; menos aún que otros, que no hicieron más que él. No tuvo la fortuna de don Francisco de Xerez a quien, por ser soldado de a caballo, le tocaron *ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro y á trescientos y sesenta y dos marcos de plata*, del inimaginable botín del que se hicieron los conquistadores por el infructuoso rescate que pagó Atabalipa. Mas, con lo que a su alforja le cupo de sus días de conquistador, él pudo establecerse como ventero en el barrio de Triana, a orillas del río Guadalquivir que algunos todavía llamaban Betis. En las noches enlicorecidas de su venta, Marchena leía para regocijo de sus huéspedes las historias verídicas de los seres y las riquezas fantásticas de la Nueva España, que de memoria él había reescrito ya en el sosiego de su hogar y que guardaba como testimonio de sus días de armas en tierra de infieles.

Esperanza Batallas pertenece a la cofradía de los historiadores y por ella me he enterado de que un descendiente de aquel Marchena coronista, que ahora está emparentado con la casa mozárabe de Ibn Faranda, también reside en Sevilla. Este susodicho y una natural de la antigua Santa Fe de Antioquia, de nombre Nayibe y de sesera brillante, viven en un piso de la calle Pajaritos.

El verano pasado, antes de este Año de la Peste, Esperanza compartió con la pareja tertulias de vino, queso manchego, aceitunas, jamón serrano y poemas de Machado. Ahí, Juan, que así se llama como su antepasado, recitó con la reciedumbre de su voz andaluza:

*Muerto cayó Federico  
sangre en la frente y plomo en las entrañas  
... Que fue en Granada el crimen  
sabed... ¡pobre Granada!, en su Granada.*

En ese piso sevillano, las paredes y las mesas están tomadas por un ejército de libros de materia diversa, de esos que alborotan el pensamiento, justamente porque tratan de materia prohibida, mapas del mundo antiguo, de esos que solo con verlos avivan las ganas de descubrir lugares y gente, y manuscritos de propia mano y de la pluma de otros. **C**



CÉSAR MOSQUERA (Venezuela): 1605. *Quilombo dos Palmares*